

## De cómo los tres reyes vagos se convierten en rebeldes con causa



Para Isabel Campos Goenaga

IA ver Chumino, animal del demonio, sal de tu agujero y vamos a trabajar. Chumino animal del demonio con siete cabezas: dos arriba-dos-abajo-dos atrás y una en medio, que es la que le gusta más!  
(Voz colectivamente anónima).

1. ¡Atrás de la raya que vamos a trabajar!

a) "Pinto mi calavera"

Es difícil escribir. Primero, porque no es fácil que salga lo que uno quiere. Segundo, porque es acerca de la ciudad de México, este enorme diálogo de monólogos, esta inmensa concentración de relaciones desencontradas y que en tanto asombra y conmueve se esconden aunque la sigas mirando (voy, voy). Tercero, porque la mayoría de las reflexiones a las que invita el D.F. son de índole táctica: "¡Chin! ¿Y ora qué pedo?". Dejando muy poco tiempo para aquellas de carácter teórico (bájele, bájele maistro). Cuarto, porque es difícil tomar distancia, desligarse de ella, separarla, objetivarla. Pues quiérase o no, uno es parte de ella: uno es ella.

b) "Céballo, céballo burro panzón" (Conjuro callejero, empleado para influir negativamente en el buen tino del adversario. Utilizado generalmente en prácticas ociosas (s/c): juegos infantiles).

Pienso que el intento de querer tomar como objeto de estudio a la ciudad de México, al menos hoy —a estas alturas inflacionarias de la vida— y para mí, sería infructuoso. No puedo desligarme afectivamente de ella (¡chale!). ¿Cómo armarme de esa frialdad férrea de los científicos y empezar a desmenuzarla, destazarla, inventariarla, compararla con ella misma? Más que objetivar, pienso que llegaría a ojetizar (s/c) mi relación con ella (aliviánese maistro).\*

Ya que es inevitable escribir sobre el D.F., permítaseme entonces hacerlo desde el asombro. Desde la subjetividad, si se quiere. Porque no encuentro de otra para expresar mi relación con él.

\* No obstante y para que no se diga, he dividido este trabajo en temas y subtemas como una muestra de mi buena disposición a academizarme. Con esto el entrometido lector podrá seguir el planteamiento y desarrollo de los problemas sin mayor dificultad.

c) "Voy a dar un pormenor de lo que a mí me ha pasado"

La ciudad de México, el D.F. (La, El, de entrada), aunque usted no lo crea, se deshace y rehace continuamente. En ella uno aprende a arraigar en el desarraigo. Se adquiere destreza y habilidad para moverse entre las masas de hierro, cemento y carne (¡chúpale pichón!). La década pasada, los setenta ("qué suerte de vivirlos"), vio morir, al menos en mi barrio, a personajes que de alguna forma eran representantes característicos e inevitables de la situación por la que atravesaba la colonia, en su segunda y saturadora fase de crecimiento. Colonia Paraje San Juan, Ixtapalapa; frente al Panteón Civil (de nada). Dentro de toda la riqueza y variedad de personas que mantenían una estrecha relación con el Panteón (entendido —oh asombro— como una fuente inagotable de prácticas del subempleo), tres sobresalían: El Kalimán, El Mudo y El Canica (¡sobres hijín!).

2. Los tres reyes vagos

a) El Kalimán

Nombre legal aun en el anonimato. Sesentón. Alto y ancho. Vigoroso a pesar de la artritis avanzada. Nariz aguileña. Ojos cafés, turbios, brillosos, maliciosos. Blanco, de piel gruesa (puro trabajo al sol) y barba rala, entre rubia y blanca. Sonrisa irónica, que al menor descuido estallaba en franca carcajada burlona. Seguramente hombre del Bajío. Vestía —obra y gracia de la caridad— de andrajos. Saco,

pantalón, zapatos emplastecidos de cemento, yeso y lodo. Era peón a destajo —de qué otra forma podría ser— en la enaltecedora tarea de pulir, a fuerza de brazo, muñeca y mano, el granito y el mármol para los mausoleos. De ahí la artritis: mano caliente por el frotamiento, agua fría “pa’que resbale”.

Borracho de tiempo completo, cuando empezaba a anoecer se dirigía canturreando por la mitad de la calle (puro polvo, hijo), apoyado en su bastón —de esos de Cacahuamilpa—, acompañado de su inseparable amigo —no, no era Solín— el Grillo (perro criollo, noble y enamoradoísimo) hacia la llave de agua. Esquina-foro: la llave y la tienda de don Chucho, La Norteña. Esquina-foro donde se exponían los asuntos comunes y personales, chismes y borracheras.

A uno como chavo le tocaba acarrerar el agua. Y entre los ires y venires, cargando los botes con el “burro”, nos entreteníamos con y a costa del Kalimán. Sin mucha gracia para contar chistes, se inventaba (o a lo mejor, quien sabe) historias donde él era héroe. Historias de sexo de todos los calibres, posiciones y cantidades. Imáginese usted el impacto que causaba en la concurrencia: ¡puro chavo que no pasaba de los quince! En ocasiones, cuando no le creíamos, repartía bastonazos a quién le cayeran en medio de nuestras carcajadas. Ya de noche, cuando todo el mundo dormía, cantaba solitario, a pulmón abierto, gritando y

mentando madres, todo el repertorio de José Alfredo.

Vivía solo, por eso, cuando la pulmonía y la artritis lo mataron, se hizo una copera cha para enterrarlo sin perpetuidad y sin mausoleo. El olvido. El Grillo, como en desquite, dejó embarazadas a una buena cantidad de perras y luego se perdió. Se fue. El olvido.

b) El Mudo.

Fuerte, moreno, chaparro y compacto. ¿Quién conoce hoy su nombre? Lampiño de rasgos entre indio y negro. Rozando los treinta. Contemporáneo del Kalimán. Trabajador del cemento, del yeso, del granito y del mármol. Peón de un próspero taller. Siempre polveado, solitario y lejano. Sordo y mudo con su gorra de beisbol (*sic*) y su playera blanca.

No bebía. Nunca se le conocieron amores; pero sábados por la tarde y el domingo entero se paseaba, por el polvo de la calle, bañado, camisa y pantalón limpiécitos. Todos los días, a la hora de comer, habría que verlo devorar dos o tres tortas acompañadas de una inevitable pepsi gigante. Existencia monacal, casi (¡chántale, chántale!).

Sordo y mudo: tela de dónde cortar. Mundo pequeño donde se tenía que buscar la forma de no aburrirse por las tardes. Crueles, le hacíamos señas: que si ya pisaste, que si te la chaqueteas, que si te gusta que te den, que si te gustan las mujeres, que si esto, que las arañas, etcétera. Obligatorias refrescadas de mamá,

una insolente lluvia de piedras y ¡a correr! Se enojaba con facilidad, y quién sabe por qué y cómo, pero desarrolló una capacidad impresionante para atinarle a los cuates, en plena carrera, un saludable pedradón en la espalda. Si te alcanzaba, entre pujido y pujido (pura maldición gutural), te arrastraba por el suelo, te revolcaba. Nunca golpeaba; creo que no sabía o no quería, quién sabe (no se haga, no se haga). Le vi llorar algunas veces. Lloraba de rabia, de coraje, desesperado por la incapacidad de desquitarse, de poder hablar y mentarnos la madre.

Metido en La Norteña, fresco en mano, y desde un rincón, el más discreto, observaba. Le brillaban los ojos al contacto con ese mundo tenderil, cambiante, en tránsito y siempre idéntico: excampesinos subempleados borrachones, señoras (chavacanas y vejestorias, carnal), niños, jóvenes desempleados (y futuros borrachones, hijín). . . Dicen que se enamoró, que encontró un mejor trabajo, que. . . ¡quién sabe! El caso es que un día se fue. La leyenda que se diluye en olvido.

Hoy, al recuerdo de todo esto, no puede reprimirse el deseo (sin cabulear, sin cabulear) de querer ver a esa figura silenciosa y risueña, impenetrable y desconocida —desconocida, eso duele—, que detrás de lápidas y monumentos como que decía: “¿quiubo?” (no se me agüite, no se me agüite ¿que no ve que los hombres no lloran? nomás hacen pucheros).

### c) El Canica.

Imposible saber la edad y el nombre. Para darnos una idea de él habrá que recordar a Tintán cuando la hacía de mendigo méndigo. Saco y pantalón grandes —el robo y la caridad no tienen sastres—, al estilo pachuco; camisa blanca, sucia; corbata (na'más faltaba que no) negra, verda o roja y botas de soldado. Chaparrito, flaco, barbudo, jetón. Sombrero de palma. Ojos cafés enormes, melancólicos, expresivos.

Parece que vivía en un jacalito en medio de un basurero que está a un costado del Panteón. Le hacía a todo: acarreando agua para las tumbas, peón de albañil, mandadero. . . Y en todo aquello en que no se necesitara destreza ni esfuerzo físico considerable, ni mucho menos un patrón directo. A veces robaba —decía que los difuntos se las regalaban— las flores frescas, recién colocadas, de las tumbas y las revendía por la colonia. Participaba, rara vez, en los saqueos de tumbas y se te presentaba a vender un anillo de oro, una medallita, un diente de oro, un día andaba ofreciendo hasta una dentadura postiza ( ¡ay naita!).

Borracho y loco. Cantautor (¿eh? ¿cómo les quedó el ojo?), oportunista y gorrón que improvisaba según el momento y la conveniencia. Reunido el respetable en aquella esquina-foro, se arrancaba: canción para zutana y mengano, que son novios y se quieren un montón; canción para don Chucho y familia respetable y honrada

—chelas gratis—; canción para los niños —carino espontáneo—; canción para la chava que va pasando y lo que quieras con ella, conmigo. . . Curiosamente nunca trataba temas políticos. Tenía además, y de ahí el apodo, su tema de presentación y despedida:

Porque la Canica  
siempre va rodando,  
Canica de esta juventud.  
Y yo, yo, en un barco  
de papel,  
grandote o chiquito,  
me voy y me voy  
a recorrer el mar.  
Y si quiero te invito  
y si no, no, no y no.  
Porque la Canica  
siempre va rodando.  
Canica de esta juventud.

Cantor de voz cansada y rasposa, pero que se afanaba en poner estilo y sentimiento a los temas; mientras cantaba, y como para que el espectáculo fuera completo, dibujaba unos pasos de baile graciosos y picarones.

Desaparecía por temporadas largas y cuando regresaba venía con los ojos morados, la boca reventada. Nunca decía la causa, guardaba silencio y lloraba. Nadie se explicaba el por qué de las golpizas; claro, barrios bravos (¿qué me ves güey?), pero el Canica era respetuoso, amable, cuate de todos. En esas ocasiones no cantaba, puro chelear y llorar en silencio.

Poco antes de que desapareciera se empezaron a correr rumores de que era homosexual (por eso las madrinas, hijo). El

descreído, las burlas y la crueldad sobre este juglar de ciudad, sensible, borracho y loco. La leyenda: que se murió, que se regeneró. . . El olvido.

3. ¡Aquí se rompió una taza y cada quien para su casa!

La urbanización: agua, luz, drenaje, banquetas —siguen las calles de tierra— para todos. La domesticidad (ya estamos caciques carnal, y pues ya no es lo mismo: ora hay que chingarle pal'mafz), la televisión, la superación de las nuevas generaciones —discoteque y estudios superiores— le ganaron la batalla a nuestra esquina-foro. Sin embargo, ya entrada la noche y de vez en cuando, algunos chavos de aquellos se reúnen ahí (símbolo de símbolos, ojo antropólogos) para ponerse como arañas fumigadas.

Atrás quedó la identificación de la colonia por aquellos tres personajes: "Allá por la San Juan donde la rola el Canica". ¿Con quién o con qué se identifica hoy la colonia? ¿Qué la nutre en tanto colectividad? Sólo los niños a veces ya hartos de TV, se aventuran a jugar en la calle, a revolverla alborotando el polvo, a hacerla reír con sus aventuras.

La colonia, más o menos regulada y urbanizada, integrada a los proyectos generales del DDF, se encierra, disgregada sobre sí misma para abrirse al mundo a través de la radio y la TV: "¿Viste el partido? Tomasita, ¿vió anoche el retorno de Diana?". Las madrizas entre esposos y no esposos, las chavas embarazadas, los niños de diez años que le hacen al cemento

(los chemos, carnal), los asesinatos, el establecimiento de los sanchos y sanchas (itus cuernos, hijo!), el alcohol en grados bestiales, el desempleo y los raterillos, los chavos y chavas que se organizan para las orgías y toda una serie de actividades que se realizan penosamente, soterradas, clandestinas, es lo que le queda a la colonia.

No es moralismo ni pudor. Ni siquiera se trata de olvidar que algunos de esos fenómenos ya se daban en los comienzos de la colonia. Se trata de apuntar que esta colonia se quedó sin alternativas que partieran de ella misma; se encerró, porque también la encerraron —viva la organización y el progreso— a vivir la vida atomizadamente, desperdigada, desconocida a sí misma.

El Kalimán, El Mudo y El Canica, esos graciosos marginales, pero, y por sobre todo, rebeldes —esto es lo importante—, representaban una pulsación colectiva, una tendencia, inconsciente si se quiere, a no dejarse enganchar, engañar (aquí, nos la interpelas, güey). Gente de provincia que vino a la ciudad de México a “hacerla” y para quienes el cambio fue brutal, buscaban en un principio, formas de vivir a la intemperie: salir en las tardes a sentir, abiertamente, la proximidad del otro igual. Cualquier acontecimiento eran en sí mismo una alternativa, una expectativa llena de posibilidades... Hoy la cosa es otra.

Se podría hablar de carencias políticas y organizativas para explicar estos procesos de

integración desintegradora en la ciudad de México, pero eso no era la intención de este texto, como se dijo líneas atrás. He querido escribir desde el asombro —por eso todo lo hasta aquí escrito aparece como atolondrado, impreciso, contenido—. Asombro que me produce ver cómo la vida se lanza en busca de sí misma; cómo los habitantes de mi colonia se las ingeniaron y se las ingenian (a ver qué sale, mi ñero), aunque sea vagamente, para soportar lo insoportable, este espeso y denso diálogo de monólogos: la ciudad de México, el *DeFiéndete*. Sale y vale.

(Juan Gamiño Garreyva)

## Para una breve historia de un monólogo roto



Leclercq, Gerard, *Antropología y Colonialismo*

1988

Edición especial para los alumnos de la ENAH. Coedición, Aguirre y Beltrán/Cuicuilco, México.

1960: El discurso antropológico despierta de un largo sueño después de innumerables avisos. Ciertamente no despierta por propio gusto; es la realidad colonial que se derrumba ante el empuje de la liberación de

gran parte del continente africano lo que la hace despertar y darse cuenta, sin más, del papel que jugaba dentro del desarrollo y expansión del capitalismo a nivel mundial. Poco después, la utilización de an-

tropólogos en proyectos de contrainsurgencia promovidos por las grandes potencias coloniales —o neocoloniales— para aplastar o, en el mejor de los casos, contener los movimientos de liberación, terminó mostrando la crisis evidente de la disciplina, y la urgencia del debate crítico que pudiera reformular, a partir de la realidad de la descolonización, el discurso antropológico.

El libro *Antropología y colonialismo* del francés Gerard Leclercq es uno de los valiosos intentos hechos por antropólogos europeos por pensar, no en términos de un *mea culpa* sino a partir del desarrollo mismo de las corrientes antropológicas,